

que debe a la Iglesia y a sus ministros, a la Autoridad y a sus representantes, y finalmente para ilustrarle y afirmar en sus creencias religiosas é inducirle a la práctica de la sana moral, sólidas y verdaderas bases de toda sociedad libre y civilizada.

Los saludables resultados de esta santa misión, dan á conocer el mérito del trabajo. Más de 2,000 habitantes recibieron los sacramentos de la penitencia y sagrada Eucaristia; cerca de cien matrimonios tuvieron lugar, y las autoridades y vecinos importantes resolvieron espontáneamente, de acuerdo con el querer del pueblo, variar el día del mercado público, con el fin de conservar el día de fiesta únicamente á la Ciudad.

Ya que el desinterés evangélico del señor doctor Aguilar no nos proporcionó la ocasión de manifestarle nuestro reconocimiento, despues de prestarnos infatigablemente sus interesantes servicios, ya como Director de la misión, ya en la cátedra sagrada, en el confesonario, en los sermões, en las chozas y en cuanto creía conducente al mejoramiento de nuestra sociedad; y ya que sus dignos compañeros practicaban tambien ese desinterés y celo en el cumplimiento de sus augustos deberes, recibian al menos esta expresion de nuestra sincera gratitud.

Academia, 19 de Julio de 1875.

José E. Sánchez, Urbano Galavis, Dimas Samudio, José Paris, Manuel Rójas, Juan Aguirre, Abraham Castañeda, Antonio Rojas, Bernabe Escovar, José M. Castañeda, Fabriciano Pérez, Ricardo Castañeda, Donato Rubio, Esteban Rubio V., Gregorio Rójas G., Pedro A. Acevedo, Luciano Hernández, José J. Paris G., Felipe Neira, Felice Castañeda C., Oséns Neira G., Bernardino Acosta, Abelardo Castañeda, Indalecio Rubio, Nicolas Lozano, Sergio Castañeda, Lisandro Castañeda, Roberto Barriga, Gonzalo Maria Torres, Manuel Leon, Julio González T., Fidel Rubio, Juan Guzman, Luis M. Rubio, Manuel Antonio Rójas Grajales, Vidal Castañeda, Antonio Samudio, Teodoro Samudio, Oséns Neira, Julian Barriga, Manuel Castañeda, Nicolas Acosta, Fausto Leon, Belarmino Leon, Aquilino Leon, Pedro Rubio, Antonio Castañeda, Donato Orjuela.

OBITUARIO.

Oromos por las almas de los que han muerto en la fe del Señor.

JUNIO DE 1875.

- 2 Guillermo Ricaurte.
- 4 Gertrudis Rubio.
- 7 Agustin de Francisco.
- 8 Joaquin María Soto.
- 9 R. M. María (Josefa Rójas, religiosa de Santa Ines.
- 10 Salvador Camacho Carrizosa.
- 11 Juan Mazutier.
- 16 Sergio Muñoz.
- 18 Manuel Sierra.
- 20 Mariana Monroy de Suárez.
- 22 Dolores Lezaca de Garay.
- 23 Cornelio Casas.
- 24 Hipólito Leal.
- 26 Dolores Suescun de Arnedo.
- 28 Concepcion Espina de Moryles.
- 29 Eliseo Cortés S.
- 30 Ignacio Franco Azula.
- 30 José Santamaría Baraya.
- 30 Florentina Pieschacon de Valenzuela.

Y ciento cincuenta y un cadáveres más sepultados en los tres cementerios.

Dulcísimo JESUS! ten piedad de las almas de éstos y de los demas fieles difuntos.

LEEMOS en esta fúnebre lista el nombre de un buen ciudadano, de un cristiano á carta cabal, del antiguo militar Comandante JOAQUIN MAZUTIER. ¡Félicz aquel mortal de quien pueden escribirse estas cortas palabras, pero llenas de verdad! Confiamos en la bondad y justicia del Señor que el alma de este difunto estará disfrutando del eterno descanso.

Anuncios.

LA CARIDAD.
CORREO DE LAS ALDEAS.

LIBRO DE LA FAMILIA CRISTIANA.
Se publica en Bogotá los juéves de todas las semanas. La suscripcion anual vale \$ 3-20.
Agencia general, en la Carrera del Norte, calle 3.ª, almacén del señor Manuel de Cayzedo.

HERMOGENES GARAVITO acaba de recibir un gran surtido de papeles para coladurn, muy bonitos y muy bonitos, desde dos reales para arriba la pieza.
Portales de la Casa Consistorial, números 14 y 15.

IMPRESA DE EL TRADICIONISTA.

La Caridad

CORREO DE LAS ALDEAS

LIBRO DE LA FAMILIA CRISTIANA

Caritas aliis blanda, aliis severa, nulli inimica, omnibus mater

DISCURSO

DEL SEÑOR JOSÉ CAICEDO ROJAS,
PRONUNCIADO EN LA SESION SOLEMNE DE LA
SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL EL 25 DE
JULIO DE 1875.

Señores: Con razon se ha dado al egoismo el epíteto de frio, pues esta villana pasion es la muerte moral del sér sensible; frio glacial del cadáver, en pos del cual viene la disolucion. Y con no ménos razon se han atribuido al amor los caracteres del fuego, que es origen del calor; del fuego, que presidió á la creacion, que la anima y la conserva; del calor que, distribuido por Dios en el universo, como un agente poderoso, hace germinar las plantas y producir flores y frutos; que reanima al debil, da vida y movimiento á los animales, fecundiza la tierra y adorna, embellece y alegra á la naturaleza entera.

El egoismo y el amor: hé aquí los dos polos del mundo moral, como el frio y el calor son los dos extremos del mundo objetivo; y si á Dios se le ha llamado el Amor por excelencia, no hay duda de que Satanás es la legítima personificacion del egoismo. No se limitó Dios á existir en sí mismo, á amarse y contemplarse á sí mismo, si no que dió existencia fuera de sí á otras criaturas, para amarlas y hacerlas felices. Pudiera, pues, de-

cirse que el egoista no es la imagen de Dios, puesto que Dios es todo amor y que el egoista sólo obra por miras interesadas y por su propia conveniencia, guiado únicamente por el falso é inmoral principio de utilidad.

Así que, aunque el egoismo es tambien una especie de amor, es el amor de sí mismo, como lo dice la palabra, segun la etimología latina; el amor que excluye todo otro amor, aun el amor divino; la defecacion y divinizacion del Yo que es la expresion más genuina de la escuela sensualista. En suma, si el infierno es un lugar donde no se ama, segun decia la inspirada Teresa de Jesus, la vida del egoista tiene que ser un infierno continuado.

Pero olvidemos á este sér degradado que, no pudiendo dejar de amar alguna cosa por un sentimiento innato y por una ley indeclinable que el Creador ha impreso en nuestros corazones, y no hallando fuera de sí nada digno de ser amado, se ama á sí mismo, y á ese amor refiere todas sus relaciones con el mundo exterior. Dejémos al desgraciado que, sintiendo esa inclinacion invencible del alma hacia lo bello, lo bueno y lo verdadero, considerados en su esencia más pura, no ve á su rededor nada más bello, mejor, ni más amada que su

3948

27

propio ser y su propia razon, se hace á sí propio el objeto de su amor y se tributa adoraciones; y hablemos del amor puro y verdadero que, con la inteligencia, hace del hombre la imagen y semejanza de la Divinidad.

Una autora moderna, honra de la literatura castellana, dice que "la lástima es el amor más puro." ¡Qué bien comprendió esta eminente escritora católica la verdadera naturaleza del amor! Yo comprendo igualmente el pensamiento de Fernán Caballero: el amor del padre hacia su hijo y de éste hacia su padre, el amor mutuo de los esposos, el que se profesan las personas ligadas por cualesquiera vínculos de la sangre, es un instinto natural, una ley ineludible de la humanidad, y aun de los seres inferiores al hombre; el que con el título de amistad une á los extraños con fuertes lazos, proviene casi siempre de algun interés más ó menos oculto ó inadvertido. Pero el amor que sentimos hacia el prójimo, la conmiseración que nos inspiran sus desgracias, la parte que tomamos en sus penas, es un amor puro, santo, desinteresado, es la lástima, la compasión, sin mezcla alguna de nuestra propia conveniencia, sin esperanza de recompensa ni aun siquiera de reciprocidad. Por eso Dios, para que lo amásemos en un grado supremo se nos mostró pobre, humilde, oscuro y perseguido, y últimamente hecho víctima del odio, de la injusticia y de la ceguera; azotado, escarnecido, cubierto de sangrientas llagas, muriendo pendiente de un patíbulo afrentoso, y atravesado su corazón con una lanza. El mismo decía con acento conmovedor que la zorra tenía una cueva donde guarecerse y la tortolilla un árbol donde hacer su nido; pero que él no tenía una piedra en que reclinar su cabeza.

Amarásemos nosotros tanto á Jesús como lo considerásemos en su vida errante y peregrina, yendo "de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo,

de castillo en castillo" evangelizando á las turbas y haciendo el bien? Ah! le amariamos sin duda con todo nuestro corazón; pero ese amor tal vez no arraucaría de nuestros ojos tiernas lágrimas. La mujer feliz que tocó la fimbria de su vestido y quedó sana, le amó sin duda con intenso amor; pero la Verónica que enjugó el sudor de su frente, cubierta de sangre y salivas, le amó con ese amor de compasión que prorrumpe en llanto y sollozos, como el volcan que estalla conmoviendo la tierra. Y el discípulo amado que mereció reclinar la cabeza sobre su pecho divino, y beber en él todos los misterios de su adorable corazón, era el mismo que compadecido le había de acompañar despues al pié de la cruz, mezclando sus lágrimas con las de María.

He aquí, señores, la caridad en su más sublime expresión: el amor desinteresado, el amor de Dios, puesto que por ese amor se verifican las palabras del Maestro: "lo que hicieris con uno de estos pobres ó pequeñuelos, conmigo lo haces;" "un vaso de agua dado en mi nombre tendrá gran recompensa en el Cielo." Y en otra parte: "Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que es está preparado, porque tuve hambre y me disteis de comer, tuvo sed y me disteis de beber, estaba desnudo y me vestisteis, preso y me visitasteis"... No lloró Jesús por la muerte de la hija de Jairo, hombre rico y poderoso; pero se enterneció al ver el dolor de la pobre viuda de Naim, y derramó amargo llanto sobre el sepulcro de Lázaro el leproso.

Hay, sin embargo, señores, un amor de Dios que, aunque puro y sublime, participa en cierto modo del egoísmo; que no es ese amor trascendental y expansivo que crece como las olas del mar, se comunica á los demás y confunde los corazones en uno sólo: y es el de aquellas personas que hacen consistir la santidad únicamente en la contemplación, el ayuno y la ma-

ceración de la carne, sin que el bien espiritual y corporal de los demás les merezcan otra cosa que las oraciones que por ellos dirigen á Dios. No habrá ciertamente quien condene este género de amor, y ojalá muchos cristianos imitasen tales modelos; sin embargo, pudiera preguntarse quiénes habrán tenido mayor mérito á los ojos de Dios, si un Vicente de Paul, un Juan de Dios, un Pedro Claver, un Carlos Barrromeo y muchos otros que se desvivían por socorrer y aliviar á la humanidad doliente por cuantos medios podía imaginar su ardiente caridad, ó un Hilarión, un Pablo ermitaño, un Pacomio, que sepultados largo tiempo en las montañas y cavernas, se entregaban á las más austeras penitencias, sin dejar á la posteridad otra cosa que el postumo ejemplo de sus virtudes. ¡Libréme Dios de juzgar á nadie, y mucho menos á quien Dios ya ha juzgado y otorgado la corona de gloria que le corresponde! A mí no me es lícito hacerlo; pero sabemos que hay grados diversos en la escala del mérito, y conocemos las palabras del Evangelio sobre las cuales tanto insistió Jesús, y de que nos dió tantos ejemplos prácticos. Muy bello es el amor platónico y especulativo; pero mucho más bello es el amor activo, práctico, fecundo y transcendental, el amor del sacrificio y de la abnegación.

Ahora bien; esto amor celestial que hace del hombre un ángel en la tierra no puede existir donde no impera el cristianismo en su genuina acepción; allí donde esta ley santa está ausente ó degenera, allí ese afecto puro huye tambien de la sociedad, ó se vicia y altera mezclándose con extraños elementos. No lo conoció el paganismo por más que grandes filósofos como Platon y Aristóteles lo hubiesen vislumbrado intuitivamente; no lo conoció el mismo pueblo escogido, que estaba en posesión de la Ley revelada, pues que cañon suyo

era amar á los amigos y aborrecer á los enemigos.

Estaba reservado á la grande era regeneradora, iniciada en un rincón del Asia, allá en ese Continente donde la raza humana se salvó del diluvio para repoblar el mundo, estaba reservado al cristianismo la gloria de enseñar y propagar la doctrina de la caridad, grande y sublime como su autor. Pero si el paganismo no conoció esa doctrina vivificante que hace casi diez y nueve siglos emprendió y consumó la obra de la civilización del mundo y perfeccionamiento del hombre, abriendo sus ojos á la verdadera luz; el falso cristianismo, degeneración de la doctrina del Crucificado, predicado por el orgullo y la envidia, y precursor, tal vez inconsciente, del racionalismo y del ateísmo, tampoco pudo conservar ese depósito precioso de la caridad, que con la fe constituyen la ancha base del grandioso edificio cristiano. Apellidóle filantropía para disfrazar su egoísmo soberbio con algun nombre simpático, y su triste prevaricación con un *facsimile* que denunciaba, no obstante, un resto de pudor en los disidentes.

Y si, á pesar de las promesas explícitas del Salvador, la sociedad hubiese de seguir las tendencias de la época presente hacia el antiguo paganismo, veríamos desaparecer aun ese simulacro de caridad; veríamos á esa pretendida y esouávida filantropía eclipsarse ante la horrenda faz del monstruo gentílico y ceder el puesto al funesto egoísmo pagano, bajo cuyo imperio la esposa y los hijos eran esclavos y los esclavos rebaños de bestias.

Vosotros lo sabéis muy bien, sin que yo deba recordároslo: esa doctrina pura y divina de la caridad fué la fecundísima tierra en que germinaron tantas asociaciones benditas que, como dijo un antiguo hermano nuestro, tienen por objeto reunir corazones generosos que socorran la

ñiez desvalida que carceó del suave calor del seno materno; á la ancianidad agoviada por las enfermedades; al padre de familia valetudinario que no puede alimentar á sus hijos; á esas pobres mujeres acuchilladas por el dolor, que ven agonizar á las prendas de su alma, transidas de frío, pálidas de hambre, sin vestidos, sin lecho, sin pan; esos corazones en los cuales hallan eco los ayes del infortunio, que hacen brotar de los ojos el llanto al ver el espectáculo de la miseria; esos corazones que hallan tan suave, tan inefable gozo en derramar con caritativa mano sus dones sobre el pobre y menesteroso.*

Esa doctrina y esas sociedades son las que han dado al mundo el sorprendente espectáculo de tantas acciones heroicas de sublime abnegación y sacrificio, acciones que el frío egoísmo de los incrédulos, utilitaristas, y aun protestantes, en su impotencia para imitarlas, han calificado de malas y contrarias á la voluntad de Dios, acogiéndose al principio absurdo y antivangélico de que la fe sola basta para salvarse.

Por fortuna, señores, y por ello demos gracias á la Providencia, aún existe entre nosotros algunas de esas asociaciones, de las cuales solo mencionaré como la más importantes de todas, la de las Hermanas de la Caridad, que Dios en su misericordia, nunca desmentida hácia nuestro país, y al través de grandes dificultades, nos ha enviado para consuelo de los desgraciados, ejemplo de virtudes y edificación de esta Sociedad de San Vicente de Paul, que tantas similitudes tiene con ella.

Congratulémonos también, señores, porque aún existe nuestra Sociedad en medio del naufragio de tantas cosas buenas como han desaparecido de nuestra Patria, al sacudimiento de impías revoluciones. Al cumplir con el honroso encargo que he reci-

bido de dirigiros la palabra, en esta solemne ocasión, me es grato, y lo digo lleno de satisfacción y orgullo, recordaros que aún no se ha apagado el ardor que animaba á los hijos de Vicente de Paul en más felices tiempos; que, lejos de extinguirse en ellos el fuego de la caridad, que tantos bienes les ha hecho ejecutar, se renueva y exalta, hoy que los concubulos de Satanás asientan sus reales entre nosotros; y que mientras éstos celebran sus sacrilegos sábados á la luz de las hogueras del infierno, los hijos de Vicente de Paul, á la apacible luz de la fe de Cristo, oran por los desgraciados, y alargan á los pobres un óbolo que se multiplica prodigiosamente como los panes del desierto.

Celebramos en este día el 18° aniversario de aquel otro memorable en que uno de los fundadores de esta Sociedad, extendiendo la copa de su sombrero hácia otros cinco de sus amigos, y lleno de confianza en la Providencia, les dijo: "¡Una limosna por amor de Dios!" Y estos fueron los primeros fondos con que contaron para dar principio á su grande obra, que el Cielo ha bendecido hasta ahora. Saludemos desde aquí á Mario Valenzuela, hoy miembro distinguido de la ilustre Compañía de Jesús, y, á ejemplo suyo, confiemos en la Providencia; ella nos dará fuerzas para perseverar en la buena obra hasta el fin; y, si es preciso, convertirá las piedras en pan para los hambrientos, porque es todopoderoso aquel que de ellas pudo suscitar hijos de Abraham.

Lo que esta Sociedad ha hecho llevando el alimento al indigente, vistiéndolo al desnudo, enseñando al ignorante, amparando al débil, salvando del naufragio á la virtud ó á la inocencia amenazadas y protegiendo al huérfano, ella misma no lo sabe, no lo puede calcular; pero esas obras están escritas con caracteres indelebiles en los libros eternos; y las lá-

grimas que esta Sociedad ha enjugado servirán para borrar muchos pecados en el día tremendo de la justicia, porque escrito está: "¡Feliz el que se acuerda del pobre y necesitado; en el día malo le librará el Señor!"

Continuemos, señores, en la noble tarea de hacer el bien: esa es la misión que espontánea y gustosamente nos hemos impuesto. Cada limosna que demos será, no sólo un acto de caridad sino también un acto de fe y de esperanza, porque el que ama, cree y espera, y el amor de Cristo nos insta, según San Pablo. Pero no olvidemos que hay una limosna no ménos meritoria que la material: la limosna de la palabra! Siendo el hombre un compuesto de cuerpo y alma inteligente, no le es ménos necesario el alimento del espíritu que el del cuerpo; y sabemos que no hay palabra que no produzca su fruto. El mismo Jesús nos lo dijo en la parábola del sembrador; tarde ó temprano esa simiente germina, si el terreno en que cae está dispuesto. Y nunca ha sido más premiosa, mas urgente esa limosna que en los tiempos que corren, tiempos de indiferencia y de egoísmo en que se levanta una generación descreída y mal aleccionada por la que está concluyendo, y en que el pueblo ignorante é incauto se deja seducir con bellas palabras por hombres sin fe y sin corazón. Esa generación que se está hundiendo representa á los buenos que se durmieron, y entre tanto vinieron los enemigos y sembraron la zizaña en el campo, en medio del trigo; y es de temerse, señores, que allí permanezca crecida y robusta hasta que llegue el día de la siega, en que será cortada y separarla para echarla al fuego, según el Evangelio.

Quando se acepta, casi sin obstáculo, la educación laica y atea; cuando se levanta la cátedra del racionalismo desde las Universidades hasta las Escuelas primarias oficiales, pre-

ciso es que redoblemos nuestros esfuerzos para satisfacer por nuestra parte á la imperiosa necesidad de enseñar, de sembrar en los corazones y en los espíritus la buena semilla, y arrancar la mala yerba que pueda ahogarla, predicando para ello sobre los techos, si fuere necesario. La Sociedad de San Vicente de Paul es, no solamente limosnara y hospitalaria, sino también docente; y aunque es verdad que ella ha llenado hasta ahora su misión cumplidamente, no debe cejar ante las dificultades que en lo sucesivo se le opongan. Mi confianza en ello es grande: el pasado responde del porvenir, y yo leo en los rostros de cada uno de los hermanos que forman esta distinguida y respetable asamblea la resolución de poner su contingente en la grande y salvadora obra de la enseñanza pública ó privada. El escritor con su pluma, el institutor con su palabra, el jóven con su ejemplo y ardorosa actividad, el anciano con sus consejos, todos, todos estamos resueltos á tomar las armas de la enseñanza en este formidable combate que está empeñado entre la verdad y el error, entre el León de Judá y la Bestia roja del Apocalipsis.

En este combate todos los católicos somos soldados, pero muy especialmente los que, como nosotros, se han ligado con una promesa formal de hacer el bien. Muy bello es el apostolado de la oración, pero no lo es ménos el apostolado de la enseñanza; y si en ningún tiempo la luz debe colocarse debajo del celemin, mucho ménos en este siglo llamado de las luces, en que las tinieblas nos amenazan é invaden por todas partes. La escuela, los asilos de la infancia deben ser el gazofilacio en que depositemos el óbolo de la sana doctrina. De otro modo, ¿qué responderemos al gran Padre de familias cuando venga á pedirnos cuenta del uso que hayamos hecho de los talentos que nos dió para negociar?

No hay que dejar el arma del brazo, al tiempo que retoñan y se multiplican esas sociedades tenebrosas en cuyas fraguas se machacan y trituran los diez mandamientos del Decálogo con el martillo candente del ateo y al compás de la canción sacriliga de la orgía. Hacer la guerra por cuantos medios honrados nos sea posible al espíritu de error que amenaza destruir la sociedad, y que se está inoculando principalmente en la infancia, es nuestro principal deber, y debe ser nuestra primera atención, si queremos salvar la nave en que vamos embarcados y salvarnos á nosotros mismos.

No miremos solamente, señores, á la generación presente, de la cual si quiera una parte ha recibido algunas enseñanzas religiosas que pueden brotar en su día: miremos á la generación que comienza á vivir, y de la cual se apresura á apoderarse la Cruzada racionalista en el mundo entero. Aún es tiempo de que por nuestra parte contribuyamos á salvar, aunque sea una pequeña parte de esa generación, que, si puede ser la esperanza de la Patria, según se la dirija, también puede venir á ser el hacha destructora que la convierta en ruinas.

En resumen: muy grandes y suminos son las obras de misericordia corporales; pero si á ellas nos ceñimos únicamente, habremos dejado incompleta nuestra obra. Noble y cristiano es dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento y vestir al desnudo; pero cristiano y noble es también enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo ha menester y corregir al que yerra. A unas y otras obras aludian aquellas consoladoras y dulces palabras del Divino Maestro: "¡Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia!" Y aquellas otras: "Mas quien hiciere y enseñare, éste será llamado grande en el Reino de los cielos."

EL ISRAELITA.

I.

La ciudad de Bagnères-de-Bigorre, en el tiempo de los baños termiales, de Julio á fin de Setiembre, es un lugar de cita de la alta sociedad europea.

El sitio pintoresco y gracioso de la ciudad, las maravillas que la rodean, sus bosques y sus fuentes, hacen su mansión tan agradable como sana; y como si fuera preciso aumentar sus atractivos, se han edificado suntuosos edificios, en los cuales los afortunados del mundo encuentran los placeres de las grandes ciudades.

Entre los establecimientos de esta última clase, hay uno que llama particularmente la atención: el Casino, en donde una orquesta exquisita, compuesta de afamados cantores y cantatrices, distraen diariamente los ocios de las personas que no alcanzan á hallar una más sentimental.

II.

En 1807 dirigía esta Compañía lírica un hábil artista parisiense perteneciente á la religión judía.

Antes de salir de la capital, un cirujano le había extraído un tumor de la mano izquierda. Pero sea que la operación no se hizo á tiempo ó que la cirugía fuese muy profunda, el hecho es que resultó una llaga, al principio insignificante, pero que luego había ido creciendo y no cedía á cuantos unguentos y cataplasmas aconseja en casos tales la medicina.

No padecía el enfermo dolores agudos, es cierto; pero la supuración era continua y abundante, de modo que tenía que envolverse constantemente la mano en vendajes, pues la llaga se irritaba al contacto del aire.

III.

El Casino de Bagnères se cierra á fines de Setiembre, y los artistas reciben su sueldo y se retiran contentos, como se dice vulgarmente, con la música á otra parte, á ganar la vida.

Eso año, ántes de separarse, los artis-

tas, hombres y mujeres, resolvieron visitar juntos el hermoso valle de Argeles, no lejos de Bagnères. Era su idea almorzar en el campo, á la sombra de los olmos y de los fresnos para ratificar los lazos de confraternidad con sendas copas de espumoso champaña.

IV.

Y partieron el 1.º de Octubre al delicioso valle pirenaico; pero para ir á Argeles, es necesario pasar por Lourdes; y hoy cualquier extranjero, sea de la clase que sea, y tenga las creencias religiosas que tenga, no puede menos de pensar en el célebre suceso; y así que de entre las diversas personas que componían esta compañía, salió una voz femenil que dijo:

—Ved! estamos en Lourdes! Dicen que aquí se apareció la Santa Virgen en una gruta... si fuésemos á ver!...

—Vamos á ver! respondieron todos á una.

Y sin otro preámbulo se encaminaron allá, tomando el camino que lleva á las rocas de Massabielle, el cual entonces como ahora estaba lleno de innumerables viajeros que iban allí no á divertirse si no á llevar un gran dolor ó una enfermedad, á buscar un consuelo ó una esperanza.

V.

Nuestros cantantes sintieron no sé qué especie de respeto al ver la devoción que se pintaba en los semblantes y que los hacía enmudecer; pero cuando entraron á la Gruta que estaba alumbrada por mil cirios; cuando vieron en el nicho de la roca la Virgen de mármol blanco, cuya estatua dominaba á la multitud de las gentes; cuando, por fin, contemplaron los innumerables peregrinos arrodillados en las gradas naturales de ese templo, al cielo abierto, una indecible impresión religiosa se apoderó de esas almas olvidadas de sus destinos, y casi todos, sin saber por qué, cayeron de hincos para rezar una oración que los hábitos de una vida mundanal no les permitía seguramente articular con frecuencia.

VI.

¡Ay! es necesario decirlo: la voz de Dios halla raras veces eco en ciertos corazones, porque para ello es indispensable la tranquilidad del alma y el desapego á los afectos humanos; y cuando el hombre se ha dormido voluntariamente en el desorden, luego se olvida de Dios, le abandona y no se ruega.

Entre las gentes de que hablamos y á quienes la casualidad, más bien la Providencia, había llevado á la Gruta de Lourdes, muchos eran los que vivían apartados de Dios, muchos los que nunca le dirigían una oración; uno que era judío.

VII.

La primera gracia había descendido á esa tropa alegre; ya habían experimentado un cierto sentimiento religioso, ya se habían arrodillado, ya habían orado; mas el desafortunado israelita se contentó con quitarse el sombrero, aunque había contemplado con gran atención el espectáculo que le llenaba de asombro, y no dudaba de que él iba á ser favorecido más particularmente, cuando otros con mejores intenciones no alcanzarían tan fácilmente lo mismo.

VIII.

Oraron y se pararon. Recorrieron el verde otero á lo largo del Gave, hasta el espeso bosque en donde acaban las tierras propias de la Gruta y se extiende un valle bordado de colinitas cubiertas de arbustos. El Gave salta allí murmurando contra las rocas y suelta en manojos espumantes sus cristalinas ondas. Arriba, frente á la gruta, corre la vía férrea; más lejos se ve el castillo de Lourdes colgado como un nido en la roca solitaria; más lejos la ciudad, sepultada entre los grupos de árboles copudos, y por fondo del cuadro los Pireneos, áridos y verduscos, que se superponen unos á otros hasta terminar en picos cubiertos de nieve perpetua, que se confunden con ligeros vapores en el azul del cielo. Y pregunto, presenciando tan grandioso espectáculo, ¿se podía hallar mejor paraje?